



“Queremos nuestro Egipto, no a Mubarak”

UN MONDO DA CONK

1º de febrero de 2011.
Servicio Noticioso
Un Mundo Que Ganar.

La cuestión ya no es si acabará o no el reinado de Hosni Mubarak. La lucha es por cómo se va y adónde llevará esta transición.

A medida que hombres y mujeres, ya sea bien vestidos o con sandalias desgastadas, llenos de júbilo hacían crecer el tamaño de las manifestaciones hasta en cien veces en una semana, mucha gente pensaba que la “marcha del millón” del 1º de febrero terminaría en un triunfo. Pensaban que Mubarak se iría, que los tanques abandonarían las calles y que ellos se apoderarían del país.

Lo que los gobiernos de Estados Unidos y europeos consideran más importante es lo que ellos llaman una “transición en orden”. Cuando el presidente egipcio anunció que permanecerá en el cargo hasta que termine su periodo en septiembre, argumentó que la única opción era o una transición bajo su mandato o el “caos”. Algunos egipcios se dejaron influenciar por el argumento de Mubarak. Los simpatizantes recalcitrantes del régimen se sintieron envalentonados porque el presidente estadounidense Obama no pidió la renuncia inmediata de Mubarak.

Pero el “orden” no es la principal prioridad de muchos de los millones que han estado exigiendo “¡Fuera Mubarak!”. Tomaron el discurso de Mubarak como un gesto de desafío y de desprecio por el pueblo. Estaban enfurecidos por la promesa de éste de permanecer en suelo egipcio el resto de su vida. En las masivas concentraciones de El Cairo y Alejandría, ya habían ahorcado muñecos con su imagen.

Podría parecer sencillo para EEUU deshacerse de un autócrata odiado, desacreditado y aislado. El hecho de que EEUU se haya resistido tan tercamente hasta ahora a dar ese paso es señal de que las cosas no son tan sencillas, aunque EEUU acabe tomando ese camino.

Tiene que haber sido indignante para los egipcios oír a la Secretaria de Estado Hillary Clinton decir el 31 de enero que EEUU no puede decirle a Mubarak que se vaya porque los que tienen que decidir son los egipcios. El ejército egipcio es el que ha mantenido a Mubarak en el poder, y en gran medida es EEUU el que le dice al ejército qué hacer.

El pasado enero, mientras la revuelta estaba escalando, el jefe de las fuerzas armadas egipcias y su plana mayor estuvieron conferenciando en Washington con el gobierno y los militares estadounidenses. Si estos les hubieran dicho que Mubarak tenía que irse inmediatamente —como fue el caso del Sha de Irán en 1978 y puede haber sido el caso del régimen de Ben Alí en el menos estratégicamente importante Túnez dominado por Francia— de cualquier forma se hubiera ido Mubarak. Aunque EEUU lo eche ahora, los acontecimientos ya han demostrado que éste no ha sido el resultado que EEUU prefiere.

Independientemente de los cambios que EEUU acabe teniendo que aceptar, hará todo lo posible por minimizar el papel del pueblo y por evitar alentar su movimiento. Esa es una importante razón por la que EEUU haya preferido que a Mubarak se le permita una salida digna y no que sea echado “a la calle”, con lo que eso podría significar para otros regímenes árabes dependientes de EEUU. Pero sobre todo quiere asegurarse de que ya sea que Mubarak pueda presidir o no la transición, el régimen que él construyó y dirigió se mantenga lo más intacto posible.

El ejército no es neutral

Si bien el apoyo de Obama a Mubarak era restringido y no necesariamente permanente, fue efusivo en sus alabanzas al ejército egipcio y la forma en que manejó el movimiento de protesta.

Durante el levantamiento antes del 1º de febrero, la policía había sido incapaz de parar a los manifestantes, aunque mataron a centenares e hirieron a miles más. En muchos casos la gente atacó a la policía y los sacó corriendo. En El Cairo y Alejandría fueron volteadas y quemadas varias tanquetas. En varias ciudades las estaciones de policía fueron atacadas y destruidas. Una oleada de saqueos parece haber sido en gran medida obra de los mismos policías.

En las calles de los barrios la gente organizó barricadas y grupos armados con lo que tuvieran a mano para proteger las vidas y la propiedad. La gente también se organizó para protegerse contra los provocadores, limpiar las calles y preservar la sanidad pública y para llevar té y comida a la Plaza Tahrir (Plaza de la Liberación) en El Cairo, un lugar sumamente simbólico llamado así luego del golpe armado de 1952 que derrocó la monarquía controlada por los británicos, igualmente en frente de la principal mezquita en Alejandría. La gente les explicó orgullosamente a los reporteros que la plaza y el país ahora les pertenecía.

Pero el ejército permaneció omnipresente, demostrando su poder. Apostó tanquetas en las calles y los puentes de El Cairo y concentró cerca de un centenar de tanques nuevos proporcionados por EEUU alrededor de la plaza. Para impedir que la gente convergiera a la capital y a Alejandría, boqueó las carreteras y el transporte público que conecta a El Cairo y otras importantes ciudades con los pueblos de provincia. Los soldados registraban a la gente que entraba a las manifestaciones y revisaba los documentos de identidad. Desde helicópteros se filma a las multitudes. Aviones de combate de fabricación estadounidense



y francesa zumbaban sobre la Plaza Thrir. Los militares erigieron un muro de protección alrededor de la residencia de Mubarak.

Mantener el orden mientras el pueblo quiere derrocar al régimen no es un acto neutral. Después del discurso de Mubarak anunciando que no renunciaría, muchos manifestantes temieron de repente que si él no renunciaba después de todo, ellos podrían ser perseguidos y castigados.

¿De quiénes es el ejército?

Si es cierto, como algunos reporteros conjeturan, que EEUU les dijo a los militares egipcios de la Plaza Tahrir que deben abstenerse de una solución tipo “Tiananmen”, en la que el gobierno chino ametralló una plaza llena de manifestantes, no es porque alguien en la administración Obama o en los corredores del poder de Washington se preocupe más por la vida de los egipcios que por los intereses estadounidenses, sino porque si el ejército abre fuego contra los manifestantes de una manera sostenida —en vez de disparar al aire, como lo ha hecho esporádicamente hasta ahora— la situación puede salirse más de control políticamente.

EEUU financió, armó y entrenó a estas fuerzas armadas y ha prestado mucha atención a su entrenamiento militar y político. Es el mayor ejército árabe y el décimo más grande del mundo. El radio de acción de su servicio de inteligencia incluye todos los rincones de la sociedad y sus cárceles y cámaras de tortura están entre las más horribles del mundo. Sería difícil exagerar los vínculos entre estas fuerzas armadas y EEUU. Casi toda la ayuda financiera estadounidense a Egipto, 1.300 de los 1.500 millones de dólares al año, va para los militares. En las últimas décadas el único país del mundo que ha recibido más ayuda estadounidense es Israel.

El ejército es no sólo el protector del Estado, también es la fuerza económica más poderosa de Egipto. Posee una red de fábricas, hoteles, finca raíz y otros negocios. Además, los generales retirados dirigen muchas de las empresas estatales, como las fábricas de textiles que históricamente han sido un componente central de la economía del país orientada a la exportación, junto con la industria petrolera estatal. Esto convierte al ejército en un socio y en un facilitador político y militar de la dominación de Egipto por el capital extranjero y el mercado mundial imperialista.

Existen indudablemente diferencias reales entre el rico y modernizado ejército y la criminal policía egipcia que vive de sobornar a la gente común. La policía, y no el ejército, ha estado encargada durante décadas de la represión en las calles, y eso ha tenido un efecto sobre cómo se ve al ejército. No fue por casualidad que el primero de los ministros que Mubarak echó en un intento por aplacar al pueblo fue a su odiado Ministro del Interior.

Además, las fuerzas armadas han podido preservar algo del aura nacionalista debido a su papel en la lucha contra la dominación británica, y por derrocar a la monarquía para defender a Egipto contra la invasión por parte de Inglaterra, Francia e Israel, cuando en 1956



Egipto nacionalizó el Canal del Suez, antes controlado por Inglaterra. También es muy estimado por defender el país contra la invasión israelí de 1967 que le arrebató la Península del Sinaí a Egipto, y por sus éxitos militares en la guerra de 1973 con Israel que a la larga llevó a que Egipto recuperara el Sinaí. Mucha gente, al parecer, también está confundida por el hecho de que el ejército está compuesto de conscriptos.

Pero el ejército y la policía pueden estar desempeñando una división del trabajo del tipo de “policía bueno, policía malo” familiar en todo el mundo. Lo más fundamental probablemente en las infundadas esperanzas de que el ejército “apoyará al pueblo” contra Mubarak es que el pueblo entienda muy bien lo que significaría si el ejército no lo hace.

Mubarak y el ejército

Mubarak respondió a la revuelta contra él nombrando al jefe de inteligencia como su vicepresidente —su primer vicepresidente y por tanto sucesor oficial si Mubarak renuncia. Omar Suleiman ha estado encargado de la represión durante décadas y hace frecuentes viajes a Washington y Tel Aviv. Un cable diplomático de Estados Unidos publicado por WikiLeaks dice que él es uno de los funcionarios egipcios de más confianza del gobierno estadounidense. Mubarak nombró al actual jefe de la fuerza aérea Ahmad Shafiq como su primer ministro. También se reunió con sus comandantes militares regionales.

Aunque Mubarak, al igual que sus predecesores Gamal Nasser y Anwar Sadat, es producto de las fuerzas armadas, hasta ahora ha habido al menos la pretensión de una separación entre los militares y el gobierno. A altos oficiales, por ejemplo, no se les permitió ser miembros del partido de Mubarak, y la mayor parte de sus recientes (y ahora ex) ministros han sido empresarios civiles y los llamados “tecnócratas”. Este desplazamiento del ejército hacia el centro del gobierno tiene dos objetivos: dominar al movimiento popular y mantener a Mubarak al mando el mayor tiempo posible, y asegurarse de que si el autócrata es derribado los militares preservarán la continuidad del régimen. Esto parece reflejar la táctica dual de EEUU en esta situación.

Pero incluso la militarización del gobierno de Mubarak, si bien tenía la intención de ser una demostración de fuerza, ha tenido los efectos políticos negativos de identificar a los militares con el régimen de EEUU/Mubarak y ampliar el blanco de la furia del pueblo. Se han comenzado a corear cánticos exigiendo la salida de los generales y del mismo Mubarak, todos ellos vistos como títeres de EEUU por alguna gente. Están disgustados por el hecho de que Suleiman, el jefe negociador de Mubarak y colaborador de Israel, está llamando ahora a los partidos de oposición a negociar con él.

Lo que ellos hacen lo pueden deshacer

Una de las más importantes lecciones a aprender de la repentina nueva situación en Egipto y por todo el Medio Oriente es que las muchas cosas que EEUU ha hecho para mantener esta región bajo su



bota han creado enormes problemas para continuar la dominación estadounidense.

Además del dilema de EEUU con respecto al futuro personal de Mubarak, el otro caso más claro de esta contradicción es el papel de Israel como un factor para la inestabilidad regional. Como un Estado colono y la única sociedad en la región con la que EEUU pueda contar, la dominación estadounidense en la región sería muy difícil sin esta base sumamente militarizada. La actual situación en el mundo árabe resalta lo clave que es Israel para EEUU, aunque también resalta los problemas que crea Israel para el imperio dirigido por EEUU.

Además de incendiar la sede de 15 pisos del partido político de Mubarak y atacar el Ministerio del Interior, la multitud ha sitiado y atacado el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores. Al pueblo de todo el Medio Oriente le repugna lo que Israel les hace a los palestinos, y la solidaridad con Palestina ha sido una característica de los levantamientos en Egipto, Túnez y Jordania (la mitad de cuya población es palestina). Tales regímenes y monarquías que son abiertamente “estados policiales” son no sólo estados clientes de EEUU en un sentido general, también son bastiones contra los palestinos y los sentimientos pro palestinos entre su propio pueblo. Por ejemplo, el régimen de Mubarak ha trabajado con Israel en el bloqueo contra el pueblo de Gaza y en los intentos por controlar la política palestina.

La Secretaria de Estado de Obama dice que está preocupada de que lo que siga a Mubarak puede ser “no democrático”. Esto por lo general expresa un temor a que la caída de Mubarak podría favorecer a la Hermandad Musulmana egipcia, que es históricamente la madre del fundamentalismo islámico sunita y del “Islam político” en general. Ésta es una posibilidad. Aunque el fundamentalismo islámico no busca romper con el mercado mundial imperialista y las relaciones económicas y sociales que el mercado impone, sin embargo el movimiento islamista amenaza con trastocar el statu quo, la actual configuración del Medio Oriente de la que depende la dominación estadounidense. Pero como hemos visto en Irán, Irak, Afganistán, Pakistán y otras partes, tan malo como es el ascenso del islamismo para el imperio estadounidense, es también un desastre para el pueblo.

En el pasado EEUU e Israel ayudaron a construir la Hermandad con el fin de socavar a los más radicales movimientos laicos. Hasta hoy las relaciones entre el gobierno de Mubarak y la Hermandad han sido complicadas y a veces ambiguas. A la Hermandad se le ha permitido tener curules en el parlamento hasta hace poco y opera de forma semiabierta, aunque oficialmente es ilegal y a menudo es reprimida. Suleiman ha sido jefe de las operaciones anti-fundamentalistas de Mubarak y a la vez alguien que se dice goza del respeto de las fuerzas islámicas. El régimen ha sido al menos tan duro, si no más, baleando a la oposición de izquierda laica, como la surgida en oposición a la inminente invasión estadounidense a Irak en 2003.

La Hermandad, por su parte, se mantuvo por fuera de la actual revuelta hasta que ésta pareció al borde de la victoria, e incluso ahora insiste en que quiere jugar un papel subordinado y que no busca el



poder —por ahora. Sin embargo la terquedad estadounidense en aferrarse a Mubarak y su determinación de continuar humillando al pueblo egipcio incluso después de Mubarak, el vacilante papel de algunas fuerzas laicas y la identificación del régimen con Israel son todos factores que podrían demostrar ser favorables para ampliar la influencia del movimiento islámico, en especial (aunque no solamente) ante la ausencia de una alternativa revolucionaria.

¿Puede Estados Unidos impulsar la democracia?

Sería chistoso si no fuera por lo tan criminal oír a EEUU hablar de la necesidad de “elecciones libres, justas y creíbles” en Egipto ahora, ya que solo hace unos pocos meses, en noviembre de 2010, cuando Mubarak celebró elecciones parlamentarias que fueron todo menos lo que estas palabras describen, todo el establecimiento político de Occidente estuvo de su parte. Y cuando Obama habla de “valores compartidos” entre EEUU y Egipto, debe recordarse que lo que EEUU ha compartido hace tiempo con Mubarak son no sólo las latas de gas lacrimógeno, las balas y los tanques utilizados para reprimir al pueblo egipcio sino también las cámaras de tortura del régimen. Desde 1995, bajo órdenes del esposo de la actual Secretaria de Estado, el presidente Bill Clinton, EEUU ha estado entregando prisioneros al régimen de Mubarak para que sean torturados en el programa de “rendición” de la CIA.

¿Cómo podría ser de otra forma, cuando los intereses de EEUU y sus aliados europeos requieren dominar países como Egipto por cualquier medio posible? Los países capitalistas monopolistas no pueden actuar de otra manera porque su posición en el mundo (incluyendo las principales fuentes de su riqueza y su éxito en la rivalidad entre sí) se basa en el sometimiento financiero y político de la inmensa mayoría del pueblo del mundo. Dentro de esta división del mundo, EEUU tiene sus propios intereses nacionales y sus propias neocolonias.

Por tanto los intereses fundamentales de las clases dominantes imperialistas, incluyendo las de EEUU (y no solo el gobierno bajo un particular presidente o primer ministro) están en oposición a las exigencias democráticas del pueblo en los países que ellos dominan, por derechos políticos y especialmente la igualdad de las naciones y el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas. En general el imperialismo tiende a negar o limitar el tipo de formas de gobierno democrático-burguesas (derechos iguales para todos, especialmente como se manifiestan en elecciones) que por lo general han caracterizado el dominio capitalista monopolista en sus países imperialistas, en los que todo el propósito de tales estructuras es preservar el sistema y el funcionamiento tranquilo de lo que, en esencia, es la dictadura de la clase capitalista monopolista. Por ejemplo, el ex Primer Ministro de Inglaterra Tony Blair admite ahora que su gobierno tomó parte en la invasión a Irak en contra de la voluntad del pueblo británico. Como hemos visto en EEUU, Inglaterra y otros países ricos últimamente, incluso allí estos derechos y estructuras básicas pueden modificarse o abandonarse cuando el dominio y los intereses del capitalismo monopolista lo requieren.



Es cierto que EEUU ha estado preocupado por la reducida base social de sus regímenes clientes en el Medio Oriente, y ahora que ha estallado una crisis pondrá en funcionamiento algunas reformas. Es diciente que tales deseos no se convirtieron en prioridad para EEUU en Egipto hasta que el pueblo no empujó al régimen de Mubarak hasta el borde del abismo. Como el importante consejero político imperialista estadounidense Robert D. Kaplan escribiera sobre Túnez, “En términos de los intereses estadounidenses y de la paz regional, existe mucho peligro en la democracia. No fueron los demócratas, sino los autócratas árabes, Anwar Sadat [el antecesor de Mubarak] de Egipto y el [antiguo] rey Hussein de Jordania, quienes hicieron la paz con Israel. Un autócrata sólidamente instalado puede hacer concesiones más fácilmente que un líder débil salido de unas elecciones... De hecho, ¿realmente queremos que las manifestaciones callejeras minen a un líder relativamente ilustrado como el rey Abdulá de Jordania? Debemos ser cuidadosos de lo que queremos para el Medio Oriente”. (*The New York Times*, 22 de enero de 2011)

Algunas veces Washington puede querer que los regímenes clientes gocen de más estabilidad siendo menos abiertamente autocráticos, pero el objetivo básico de EEUU es mantener estados clientes o, si no, doblegables. Toda la cháchara sobre elecciones y “democracia” está subordinada a esos intereses. Líbano es el único país árabe que se puede describir razonablemente como que tiene un gobierno elegido. Sin embargo este mes cuando Hezbolá pudo jugar el papel decisivo en nombrar un nuevo primer ministro por medios completamente legales y constitucionales, EEUU se enfureció y decidió castigar al país. Cuando Hamás (estrechamente ligado con la Hermanad Musulmana de Egipto) ganó las elecciones en Gaza, EEUU y sus aliados gritaron “terrorismo” y han apoyado el castigo colectivo por parte de Israel al pueblo de Gaza por su insolencia. En un ejemplo de tipo diferente, Turquía, cuyo partido gobernante, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) es un estrecho aliado de Washington, no ha aprobado las masacres israelíes en el grado requerido por Obama y los intereses de EEUU.

La negación de la democracia las ilusiones democráticas

Sin embargo el hecho de que las exigencias democráticas del pueblo sean frustradas en los países oprimidos por el imperialismo es a la vez una fuente de inestabilidad y rebelión, y de ilusiones entre el pueblo. EEUU y sus aliados harán todo lo que esté a su alcance para limitar los logros de los movimientos populares por reformas, especialmente algunos tipos de elecciones y derechos, tienen que preservar su dominación imperialista aunque sea limitada. En Egipto, podemos estar seguros de que cualquiera de tales reformas que se den significarán arrebatarse al pueblo su más grande logro hasta ahora, su salto de la pasividad política forzada a la resuelta determinación de hacer realidad un verdadero cambio.



El problema para Egipto al igual que para todo el tercer mundo es no solo las estructuras políticas impuestas por el imperialismo, sino toda la estructura económica y social de la sociedad sobre la que se basan las instituciones políticas. La humillación y la miseria del pueblo egipcio se han profundizado a medida que el país se ha integrado más plenamente en el mercado mundial durante la década pasada. Incluso la relativamente alta tasa de crecimiento, si bien ha ganado los elogios del FMI y otras instituciones imperialistas, ha llevado más penurias para la mayoría.

Ningún régimen puede oponerse al imperialismo de una manera consistente y a largo plazo a menos que rompa la dependencia con respecto al mercado mundial imperialista en la organización de su economía así como en la esfera política. Esto implica una revolución que no sea democrática burguesa, o en otras palabras que no esté dirigida a lograr iguales derechos dentro del orden imperialista mundial en general, lo cual es por lo general imposible para los países estructuralmente oprimidos y dependientes, sino lo que Mao Tsetung llamó una Revolución de Nueva Democracia, una revolución que rompa las cadenas del feudalismo y del capitalismo dependiente del imperialismo que es lo que hace a un país susceptible a la subyugación política del extranjero.

En vez de enredarse más y más en la globalización imperialista, que se basa en que las clases dominantes locales impongan una dominación política que favorece la subordinación del país al capital global y el desarrollo desigual, la Nueva Democracia constituye una transición hacia un sistema completamente nuevo, el socialismo, que pueda romper con el capitalismo mundial, una revolución en alianza con los pueblos del mundo cuya meta final es la derrota del sistema capitalista mundial y su remplazo por un mundo sin imperialismo y sin clases, un mundo de seres humanos libremente asociados, el comunismo.

Como los egipcios les dicen a cualquiera que les escucha, las exigencias actuales de unir al pueblo contra Mubarak son una expresión de una ardiente determinación de recuperar su propio país. Con eso es con lo que EEUU no puede estar de acuerdo, no importa todo lo que tenga que ajustar sus acciones para favorecer sus intereses en el complejo contexto de lo que es posible y no sólo de lo que Washington pudiera querer.

La idea de un Egipto sin Mubarak es tan estimulante para el pueblo egipcio como es de atemorizante para quienes gobiernan EEUU y para todos los regímenes a través de los cuales EEUU domina la región. El resultado ha sido un feroz tira y afloje entre el pueblo egipcio y EEUU que es probable que tenga consecuencias de largo alcance para el pueblo egipcio, para la región, y para EEUU. ■

El Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar es un servicio de *Un Mundo Que Ganar* (aworldtwin.org), una revista política y teórica inspirada por la formación del Movimiento Revolucionario Internacionalista.

Traducido y publicado por *Brigadas Antiimperialistas*

